

FELIPE SAHAGÚN

El periodista frente a los conflictos armados

Ante las dificultades o los riesgos de hacerse con imágenes e informaciones propias, de primera mano, el enviado o corresponsal copia, sin más, información de otros medios o imágenes de otras televisiones sin citar las fuentes.

Un periodista cita a una fuente que le ha dado una información “off the record”, “for background” o “for deep background”. Otro pone en boca de alguien opiniones de personas distintas o publica entre comillas opiniones que no están recogidas textualmente. Un tercero cita literalmente opiniones sacadas de su contexto, desvirtuando así el sentido de lo que la persona citada ha dicho.

Otro periodista deja fuera del texto datos, por importantes que sean, que en su opinión, podrían poner en peligro la seguridad de su país o dañar los intereses de su empresa o del grupo industrial o financiero propietario de su medio.

Imagine que usted es director de un medio y recibe un mensaje de un grupo terrorista que ha secuestrado a una persona. “Publica este texto de esta manera a tal hora o ejecutamos a nuestro rehén”, dice el mensaje. ¿Qué debe hacer el director? ¿Qué deben hacer los periodistas al frente del periódico o de los informativos de radiotelevisión afectados por su decisión?

Una emisora o un periódico de un país lanza llamamientos a la confrontación, acusaciones infundadas de actos violentos, mensajes racistas y xenófobos, incluso nombres de personas con las que se debería acabar. ¿Qué se debe o se puede hacer con tales medios y con los periodistas responsables de semejantes comportamientos?

Imagínense con un micrófono en la mano y una cámara de televisión hoy mismo en el aeropuerto de Goma. Millares de refugiados hambrientos se agolpan en las pistas. La guerrilla tutsi, con apoyo del Ejército ruandés, está a punto de conquistar el lugar al Ejército zaireño. Han corrido rumores de que algu-

Felipe Sahagún es profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid.

¿Es ético que un medio de comunicación de un país se utilice para desestabilizar el sistema político de otro?

nas representantes internacionales, entre ellas puede que una española, han sido asesinadas o violadas. ¿Qué noticia enviarías para el próximo telediario y cómo la conseguirías? ¿Cuál sería tu respuesta si, como cuenta Edward Behr en su magnífico relato de la guerra del Congo, tu medio te pide, a toda costa, la opinión en castellano de alguien que haya sido violada y hable español?

Este año EE UU abre una nueva emisora -Radio Free Asia- con el objetivo oficial de emitir noticias sin censurar al Tibet y al resto de China. ¿Tiene derecho a hacerlo? ¿Es el deber de un periodista plantearlo?

Desde los años ochenta, Radio Martí (emisora anticomunista que opera desde Miami) cumple una misión similar, según las autoridades estadounidenses, en Cuba. ¿Es ético que un medio de comunicación de un país se utilice para desestabilizar el sistema político de otro?

El juez español Gómez de Liaño procesaba el 16 de septiembre de 1996 a los periodistas del diario *Eguin* Fernando Alonso Abad y Andoni Murga Zarruzabeitia, acusados de pertenecer a ETA y de otros delitos. El juez dejaba claro que la decisión era contra los dos periodistas y no contra el periódico. ¿Son separables de forma tan clara las responsabilidades?

En los Juegos Olímpicos de Atlanta, el empleado de una agencia privada de seguridad, Richard Jewell, fue arrojado a los lobos como responsable del atentado perpetrado, sin prueba alguna. ¿No están obligados los medios a rectificar con el mismo espacio con el que informaron precipitadamente?

La ética del periodista

Llegas a Arusha, en Tanzania, en el otoño del 96 y, al conocer las estrictas normas de acceso a la información impuestas por el Tribunal Internacional de Crímenes para Ruanda, te haces pasar por abogado de una de las víctimas y falsificas tu identidad. ¿Es ético si lo único que tratas de conseguir es la información mejor sobre la justicia o injusticia que se sigue cometiendo con las víctimas del genocidio?

Para poder saber lo que está pasando dentro de una de las cárceles de Ruanda, sobornas a un policía. ¿Los fines pueden llegar a justificar los medios?

Te hacen llegar el discurso de un dirigente 24 horas antes de que lo pronuncie o un informe varios días antes de su publicación, con el ruego expreso de aplazar su publicación durante un tiempo determinado. El embargo no se respeta en otro medio y tú ya no te sientes obligado a respetarlo tampoco. ¿Es correcto este comportamiento?

Estás de viaje, en una situación delicada, y un dirigente concede declaraciones a varios periodistas. Al día siguiente, uno de esos periodistas publica la entrevista con el antetítulo "en declaraciones exclusivas al periódico o la emisora tal...". Puede darse el caso de que el periódico, sin consultar con el periodista autor de la entrevista, opte por presentarla de esa manera para vender mejor, como una exclusiva, unas declaraciones que no lo son.

No hace mucho, los británicos primero y el resto del mundo después, desayunábamos con un vídeo trucado sobre las pseudocabriolas de la princesa Diana y su amigo o ex amigo James Hewitt. El redactor jefe del diario

Sun, Stuart Higgins, pidió perdón públicamente en un editorial de su periódico. ¿Es suficiente con pedir perdón?

El presidente del grupo parlamentario "gaullista", Michel Péricard, acusaba el 8 de octubre de 1996 de chantaje a los periodistas que habían pedido un "apagón informativo" de las actividades de la Asamblea, en respuesta a la proposición de ley por la que se eliminaban ventajas fiscales y otros privilegios concedidos tradicionalmente en Francia a los periodistas.

¿Es hora de organizar operaciones de mantenimiento de la paz electrónicas o comunicacionales? ¿Tienen derecho los gobiernos a intervenir y a censurar el flujo que no les guste de los contenidos de internet? ¿Puede haber ética donde no hay libertad? ¿De qué sirve la libertad sin una ética positiva? ¿Cada cultura tiene su ética o es la ética rehén de las circunstancias políticas y económicas? ¿Podemos y debemos los periodistas y/o los gobernantes de un país o de una región del mundo imponer nuestras normas éticas a los Gobiernos y/o los ciudadanos de otros países y de otras regiones?

Son situaciones sacadas de la realidad y de experiencias que, de una forma u otra, casi todos hemos vivido alguna vez en esta profesión. Situaciones que nos meten de lleno en el problema de la ética, de los principios, del deber y de la responsabilidad del periodista en situaciones normales y de crisis, de paz y de conflicto.

No todos los ejemplos que pueden ponerse son negativos. Más allá de las matanzas en la Ruanda de 1994, como consecuencia de las masacres está el drama de millares de niños perdidos en la huida. Para ayudar a reunirlos con sus familiares, Unicef y la Cruz Roja, por iniciativa de un fotógrafo *free-lance*, han fotografiado a decenas de miles de ellos y, montando exposiciones de tales fotos en todos los campos de refugiados, desde Bukavu a Goma, han logrado que muchísimos padres identifiquen y recuperen a hijos que habían dado por perdidos.¹

La ética es la rama de la filosofía que nos enseña lo que se debe hacer, que distingue lo que está bien de lo que está mal. Hablamos de ética médica y política, de ética religiosa y periodística.

Lo que se debe hacer no coincide casi nunca con lo que se puede hacer, y lo que se debe y se puede hacer, en opinión de unos, rara vez coincide con lo que se debe y se puede hacer en opinión de otros.

Cada país y casi cada medio de comunicación que conozco acaba elaborando su propio código ético según sus circunstancias. En los viejos carnets de periodista, en España, antes y poco después de la muerte de Franco, todavía se incluía un código o listado de "principios generales de la profesión periodística": seis en total, que no me resisto a enunciar para que se conozca mejor la realidad en la que nos movíamos todavía hace 20 años los periodistas españoles.

1. El periodista debe observar las normas de la moral cristiana y guardar fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y Leyes Fundamentales del Estado.
2. Las normas básicas de la actuación profesional del periodista han de ser el servicio a la verdad, el respeto a la justicia y la rectitud de intenciones.

¹ *Le Monde Diplomatique*, 8-9 de septiembre de 1996, p. 23.

3. El profesional del periodismo ha de tener en cuenta las exigencias de la seguridad y la convivencia nacionales, del orden y la salud pública.
4. El periodista debe tener cuidado especialmente cuando afecte a temas o publicaciones destinadas a la infancia y a la juventud.
5. Es obligación ineludible de todo periodista el más estricto respeto a la dignidad, la intimidad, el honor, la fama y la reputación de las personas.
6. El periodista tiene el deber de mantener el secreto profesional, salvo en los casos de obligada cooperación con la justicia, al servicio del bien común.
7. El periodista debe lealtad a la empresa en que presta sus servicios, dentro del marco de los principios esenciales que deben regir su actuación, en cuanto no sea incompatible con su conciencia profesional, con la moral pública, con las Leyes y Principios Fundamentales del Estado y con lo dispuesto en la legislación de prensa e imprenta.²

¿Tiene sentido un código ético escrito para los periodistas? ¿Es admisible desde un contexto democrático o de libertad?

La Organización Internacional de Periodistas, con sede en Praga, ha elaborado un código ético con 10 normas “como fuente de inspiración para códigos nacionales y regionales”:

1. La gente tiene derecho a recibir una información objetiva de lo que pasa.
2. Los periodistas deben responder al derecho de las personas a una información veraz y auténtica.
3. Los periodistas deben considerar la información un bien social y no un producto.
4. Los periodistas deben promover el acceso y la participación del público en los medios.
5. Los periodistas deben respetar el derecho a la privacidad.
6. Los periodistas deben defender los valores universales del humanismo, sobre todo la paz.
7. Los periodistas deben respetar la comunidad nacional y los principios morales públicos.
8. Los periodistas deben mantener unos altos niveles de integridad.
9. Los periodistas no deben justificar ni incitar a guerras de agresión ni a carreras de armamento.
10. Los periodistas deben promover un nuevo orden informativo y de comunicación en el mundo.³

“La ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón”, afirmaba Gabriel García Márquez en la 52ª Asamblea de la Sociedad Interamericana de la Prensa (SIP), celebrada en Pasadena, California, en octubre de 1996. Y

² Texto recogido de mi carnet oficial de periodista, concedido por la Federación Nacional de Asociaciones de la Prensa de España el 9 de diciembre de 1976.

³ VV. AA., *Modern Mass Media*, Harper Collins College Publishers, Nueva York, 1994, p. 393.

“La ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón”.

añadía: “Antes de que se inventara la grabadora, el oficio (de periodista) se hacía bien con tres recursos de trabajo, que en realidad eran uno solo: la libreta de notas, una ética a toda prueba y un par de oídos que los reporteros usábamos para oír lo que nos decían”.⁴ Para García Márquez, la grabadora es culpable de la “magnificación viciosa de la entrevista” que, según él, ha convencido a los comunicadores de que la voz de la verdad no es tanto la del periodista que vio, como la del entrevistado que declaró.

Una profesión peligrosa

En la misma conferencia, los premios Nobel de la Paz Rigoberta Menchú y Óscar Arias exponían la necesidad de terminar con la “impunidad” de muchos delitos contra la libertad de expresión y alababan el coraje de los periodistas que han llegado a defenderla con la vida.

En América Latina unos 160 periodistas han sido asesinados en los últimos seis años. Sólo en la antigua URSS la cifra ascendió a 25 periodistas en 1996. ¿Se puede exigir un comportamiento periodístico ético allí donde se viola sistemáticamente la libertad de prensa y la libertad de información, allí donde brilla por su ausencia la protección de los periodistas o allí donde colisionan la verdad y la seguridad, la vida y el derecho a la información?

En el Informe de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación, popularmente conocido como el Informe MacBride, publicado hace ya 17 años, se afirma que la codificación de normas éticas profesionales para periodistas data de comienzos de los años veinte y que, en el momento de la publicación del informe, existían ya códigos en unos 60 países de todas las regiones del mundo. Su utilidad es más bien escasa, teniendo en cuenta, como se reconoce en el propio informe, que principios esenciales de la ética periodística como la objetividad, la imparcialidad, la verdad y la libertad de información “se formulan en términos vagos y ambiguos”.⁵ La mayor parte de estos códigos no sirve de nada para el caso que aquí nos ocupa -el de los conflictos armados- porque no contienen referencia alguna a los deberes y responsabilidades del periodista para con la comunidad internacional o países extranjeros.

La conclusión del Informe MacBride es que la existencia de códigos éticos es deseable exclusivamente “si dichos códigos son elaborados y aprobados por los propios profesionales”.⁶

Los términos ética y moral son intercambiables. Ética procede del vocablo griego “ethos”; moral, del término latino “mores”. Ambos se refieren al comportamiento habitual o convencional. Ética o moral es la persona, empresa, grupo o nación que actúa correctamente. Antiético o inmoral sería el que manipula los hechos. La mayor parte de los ejemplos citados anteriormente son de este tipo.

⁴ El País, 9 de octubre de 1996, p. 32.

⁵ *Many Voices, One World*, Unesco, 1980, p. 241.

⁶ *Íbidem*, p. 243.

La ley de obediencia debida no es admisible en los periodistas, cuando están en juego la verdad, la libertad, la democracia o la vida.

En principio, no se puede pedir un comportamiento ético a quien no es libre, a quien no distingue lo que es ético de lo que no lo es o a quien no está en su sano juicio. Tampoco es admisible que un periodista justifique un comportamiento inmoral con la excusa de que su jefe o su empresa le obligaron a ello, pues siempre tiene la posibilidad de negarse. La ley de obediencia debida, inexcusable en los militares, tampoco es admisible en los periodistas, cuando están en juego principios, deberes y responsabilidades superiores como son la verdad, la libertad, la democracia o la vida.

Hay dos clases de ética y, siempre que se habla de ella, nos encontramos con dos tipos de periodistas.

Por un lado, tenemos la llamada ética deontológica, desarrollada principalmente por Immanuel Kant; por otro, la ética teleológica, desarrollada sobre todo por John Stuart Mill. Prácticamente todos los periodistas que conozco, de nacional y de internacional, en paz y en conflictos armados, están en uno u otro bando. Muy pocos asumen ambos.

Ética deontológica es la que se preocupa sólo de lo que debe ser; ética teleológica es la que, en vez de obsesionarse por la verdad como principio ético fundamental, construye la historia, la crónica, el medio de comunicación en definitiva, pensando en los resultados o en las mejores consecuencias. Si tuviéramos que buscar ejemplos en la prensa española, me atrevería a decir que el diario *El Mundo* está, en su mayor parte, encuadrado en el primer grupo, mientras que el diario *El País* encaja mejor en el segundo. ¿Es preferible una u otra de estas dos éticas? Cada uno es libre de elegir y está en su derecho de hacerlo. Aunque suene hipócrita, todos los periodistas tendemos a buscar un equilibrio entre ambas.

Tanto en situaciones de paz como de guerra podemos destacar 11 zonas de sombra o áreas de conflictos, situaciones especialmente conflictivas.

- Las relaciones con las fuentes.
- Los conflictos de interés.
- Todo lo relacionado con regalos, ayudas, etc.
- El grado de compromiso con la verdad.
- El grado de compromiso con el interés público. El problema es qué sucede cuando el interés público no coincide con la verdad.
- La invasión de la privacidad.
- La corrección de errores cuando éstos se cometen.
- El cumplimiento de la ley.
- La búsqueda de prestigio personal .
- La falta de rigor, la escasa profesionalidad.
- El plagio, no siempre fácil de definir y de limitar.

Son reflexiones generales que sirven para cualquier periodista en cualquier situación, pero los conflictos armados plantean problemas específicos y retos excepcionales.

El trabajo del enviado especial y del corresponsal de guerra tiene mucho de vocación, y no se puede medir estrictamente por baremos racionales. Si

tienes que elegir entre cubrir una información o salvar una vida, ¿qué harías? Alfonso Rojo, uno de los enviados especiales españoles con más experiencia en conflictos armados, contesta: "No existe una respuesta adecuada... Estás allí para informar".⁷

No hay dos conflictos iguales. No hay dos periodistas ni dos medios de comunicación iguales. No existen medios neutrales ni objetivos, tan solo periodistas de carne y hueso, con sus valores y sus defectos. Como seres humanos que son, se les debe exigir honestidad y conocimiento, respeto de la verdad y esfuerzo. No se les puede pedir que estén de acuerdo con alguno de los bandos enfrentados, mucho menos con la opinión de sus lectores, oyentes o telespectadores. No deben mezclar, al menos sin pausa ni distinción, información y opinión, pero están obligados a contextualizar y a explicar. En eso consiste informar bien. Si informar se redujera a escupir datos y opiniones de otros sin ton ni son, se haría un flaco servicio al lector, oyente o telespectador.

La manipulación de los conflictos

Ken Silverstein, investigador del Instituto de Estudios Políticos en Washington y ex corresponsal de la agencia *Associated Press* en Suramérica de 1989 a 1993, ha analizado cómo han cubierto los cuatro diarios más importantes de EE UU algunos de los conflictos armados más importantes de los últimos años. Sobre la manipulación y la desinformación en la guerra del Golfo se han escrito ya docenas de libros. Más lentamente, empiezan a salir a la luz algunos de los problemas más graves en la información publicada sobre las guerras de los Balcanes.

De Granada a Somalia, pasando por Afganistán, Panamá y Kuwait, Silverstein pone al descubierto las siguientes pautas en la cobertura de conflictos armados por los diarios *The Wall Street Journal*, *The New York Times*, *The Washington Post* y *Los Angeles Times*. Las naciones del sur o del Tercer Mundo son ignoradas sistemáticamente hasta que la Casa Blanca las pone en el mapa, casi siempre por razones de seguridad reales o inventadas que sólo Washington normalmente está en condiciones de descifrar. Una vez desaparece la amenaza percibida por EE UU, el país en cuestión vuelve a la irrelevancia y a la oscuridad.⁸

Robert MacNeil, del *MacNeil/Lehrer Newshour*, lo dice de forma más rotunda: "El Presidente (de EE UU) es como un guía turístico. Cuando señala algo, todos se interesan".

¿Qué ha pasado en Granada desde la invasión estadounidense? ¿Qué ha pasado en Panamá tras la detención de Noriega? ¿Quién se ha vuelto a preocupar de Afganistán tras la retirada soviética? ¿Cómo pudo pasar Irak de ser el gran aliado a ser el gran enemigo de Occidente en el Golfo y, tras la ocupación de Kuwait, caer de nuevo en el olvido, que se rompió sólo esporádicamente?

*No existen
medios
neutrales ni
objetivos, tan
solo
periodistas de
carne y
hueso, con
sus valores y
sus defectos.*

⁷ *Corresponsales de Guerra*, Planeta, Barcelona, 1995, p. 270.

⁸ "Mediatización de la Prensa Norteamericana en la Cobertura de Noticias de Países del Tercer Mundo", *Cuadernos para el Debate*, nº 76, enero-febrero de 1994. Traducción del artículo titulado "Follow the Leader", publicado por la revista *American Journalism Review*, noviembre de 1993.

camente cuando algún piloto occidental se despista y mata a 26 de los suyos o cuando se acerca la hora de renovar el embargo en la ONU?

¿Por qué seguimos sabiendo tan poco del subcomandante Marcos en Chiapas y de tantos asesinatos cometidos en México? ¿Por qué no se ha informado apenas de tantas matanzas en Angola, Argelia y en tantos otros países africanos, mientras nos ahogaban bajo la riada de imágenes y crónicas procedentes de los Balcanes? ¿Sabemos, por fin, por qué se matan tutsis y hutus, por qué boicoteó durante casi tres años Inkhata en Suráfrica el proceso de reconciliación o quién manda realmente en Rusia?

El seguimiento del líder o de la Casa Blanca simplifica en exceso la complejidad de todos estos conflictos, con raíces cada vez más locales, étnicas, religiosas y nacionales, y menos internacionales. No obstante, la práctica del bombero o de lanzarse en paracaídas para cubrir conflictos armados donde el Presidente de EE UU indica es un modo de informar muy socorrido, a pesar de sus gravísimas distorsiones y carencias. ¿Cuántos lectores saben hoy qué parte del hambre y de las guerras que padece África es atribuible a la política de la ayuda occidental o cuál es el balance de la ayuda y del comercio entre Occidente y las nuevas democracias del Este?

No es un problema exclusivo de los medios estadounidenses, ni son los defectos señalados los únicos que caracterizan la información sobre conflictos armados. Hay limitaciones objetivas y subjetivas. Hay limitaciones financieras. Hay casi siempre obstáculos políticos y técnicos: un teléfono que no funciona, la luz que se viene abajo, el fax inexistente, el satélite que no se ha reservado... El mañana, en radio o televisión, no existe. No llegas a tiempo hoy y el periódico y el telediario salen igual. Has trabajado en balde y tienes que empezar de cero.

Los medios audiovisuales, la televisión sobre todo, han intensificado y reforzado las tendencias más negativas. Han convertido las crisis en escenarios circenses y a los periodistas en payasos que corren detrás del circo, de secuestro en secuestro, de guerra en guerra, sin tiempo para comprender y conocer la verdad siquiera a medias, las causas y las consecuencias de las confrontaciones, no digamos para informar correctamente de ellas. Lo que interesa es estar en el lugar de los hechos. Lo que transmitan después es secundario. ¿Que no se han podido conseguir imágenes? No es noticia. Lo real es lo que se lee, oye y ve. Lo demás no existe.

Lo que hacen las grandes potencias interesa. Lo que pasa en los países periféricos apenas cuenta. Son noticia los fenómenos o acontecimientos que encajan fácilmente en el binomio de buenos y malos, ángeles y demonios. No son noticia normalmente las situaciones complejas o equívocas. ¿Que un conflicto tiene 10 causas y siete culpables? Déjalo en una u olvídate. Una crónica de radio o televisión no puede pasar del minuto. Con un testimonio y mucha amistad con el director del diario hablado o del telediario, puedes lograr minuto y medio.

Interesa lo que tiene potencial dramático -planteamiento, clímax, conclusión, fugo-, cuanto más rápido mejor, cuanto más se prolongue el conflicto

peor. La rutina no interesa, aunque nos llegue en ríos de sangre. Lo que cuenta es lo nuevo, lo desconocido, lo que rompe el discurso dominante.

¿Se puede atribuir a personas o actores influyentes?, noticia. ¿No se puede?, olvídate. Nombres y apellidos famosos, ilustres, valen un potosí. Y, por supuesto, excluye las explicaciones largas.

Es noticia lo que hagan tu país o los dirigentes de tu país, o los países y dirigentes de los países de los que tu nación depende o es aliada. Es noticia lo que rompe la normalidad. Cuanto más imprevisto sea el conflicto y más muertos haya, más noticia será. Cuanto más alejado física o psicológicamente esté y más se prolongue, más muertos serán necesarios para mantener el nivel de interés.

No hay conflictos importantes en sí mismos, de manera absoluta. Todos compiten cada día con otros conflictos y con otros acontecimientos noticiosos no conflictivos. De modo que un día ganan y aparecen, otro día pierden y desaparecen. La vida mediática es un gran partido, una gran fiesta, un gran circo ambulante.

¿Por qué la mal llamada guerra del Golfo copó todos los espacios audiovisuales y de la mayor parte de la prensa escrita de forma abrumadora, distorsionada y manipulada de la forma y durante el tiempo que lo hizo? No hay una respuesta simple o única, pero es fácil ver que satisfacía todos los criterios generalmente aceptados para la definición de noticia.

La guerra del Golfo es un ejemplo extremo, pero muy ilustrativo, de una tendencia dominante: la amplificación por los medios de comunicación de los mensajes de los dirigentes. Esto se debe en parte a la dependencia política y económica que los medios tienen de los dirigentes. Esta dependencia, a su vez, es el resultado de dos relaciones fundamentales: la que ejerce el Poder (con mayúscula), sobre los medios y la que realizan (el poder con minúscula) los propios medios.⁹

El poder y los medios

El Poder sobre los medios es como las capas de una cebolla:

1. El sistema informativo internacional, en proceso de expansión cuantitativa y de concentración financiera, lo cubre todo. Por supuesto que existe libertad de informar, pero sólo para quien tiene los medios o recursos cada día más elevados e inaccesibles a la mayoría de los ciudadanos.
2. Una redacción central imaginaria, formada por algunas televisiones globales -la CNN, en primer lugar, faltaría más-, tres agencias internacionales, alguna emisora de radio exterior y media docena de periódicos de referencia internacional deciden diariamente el 90% del flujo informativo periodístico internacional. Con internet, a los medios de comunicación les ha salido un competidor inesperado que no para de crecer.
3. Las capas siguientes serían los grandes grupos multimedia, los portavoces oficiales y, por fin, las empresas informativas nacionales, regionales y locales. Todas ellas filtran, editan y se dejan llevar por la marea.

*La guerra del
Golfo es un
ejemplo muy
ilustrativo de
una tendencia
dominante: la
amplificación
por los
medios de
comunicación
de los
mensajes de
los dirigentes.*

⁹ Tesis desarrollada por Jan Johnsen y Thomas Mathiesen en "A War in the Name of Freedom?", *The Nordicom Review*, nº 2, 1992, pp. 3-18.

4. Por último, en el corazón de la cebolla, se encuentra el periodista de carne y hueso, con sus valores y creencias, estereotipos y mitos, tabúes y miedos, aspiraciones y limitaciones. Es la retina por la que pasa, en primer lugar, la imagen de cualquier conflicto.

¿Puede ser el periodista verdaderamente independiente y objetivo? ¿Puede exigírsele un comportamiento ético a prueba de balas? ¿Por cuánto tiempo?

El periodista -es mi consejo personal a mis alumnos y a mis compañeros de profesión cuando me lo piden- debe estar con las víctimas y no con los verdugos, con los débiles y no con los fuertes -los fuertes ya se defienden solos-, pero no puede dar la razón a quien no la tiene o inventarse realidades que no existen para ayudar a las víctimas, para no romper con el mensaje "periodísticamente correcto" o para que "quede más atractivo sobre el papel".

Hasta aquí el Poder sobre los medios. ¿Y el poder de los medios? Lo he ido dejando caer, como lluvia fina, en este relato acelerado. ¿Qué fuentes consultamos? ¿Comprobamos lo que nos cuentan nuestras fuentes? ¿Qué dato convertimos en titular? ¿Cuál en entradilla? ¿Dónde empezamos la crónica en la crisis de hoy? La pirámide invertida es enemiga irreconciliable de la lógica temporal; aunque sea el abecé del periodismo, resulta fatal para la comprensión.

Lo importante si no es estético, sobre todo en televisión, no vende. Los aspectos estructurales del conflicto son secundarios. Por consiguiente, simplifica o piérdete. Reduce, corta un minuto, cuarenta segundos... ¡ya! ¿Que no se puede?, imbecil. ¿Cómo pudo Dios contarnos la creación del mundo en 3.000 palabras (El Génesis) y tú no eres capaz de explicar la última idiotez de Izetbegovic, Yeltsin o Mobutu en 40 segundos?

Una hambruna tapa a la anterior. Una guerra cubre a la otra. Un conflicto oscurece a otro conflicto. Un testimonio deja viejo a otro testimonio. Hay que elegir, siempre hay que elegir: opinión contra opinión, conflicto contra conflicto, buenos o malos... Al final, cacofonía, confusión, caos. ¿Responsables? Todos y ninguno. La culpabilidad se diluye hasta perderse. Es una forma de hacer que ha acabado convirtiéndose en una forma de ser. Todo es un juego. ¿Dónde hemos dejado la realidad?

La televisión, se dice, forzó a George Bush a intervenir en Somalia y también, se dice, obligó a Bill Clinton a retirarse de allí. ¿Tan decisiva es la televisión sobre las acciones de sus dirigentes? ¿Cómo explicar, entonces, que, tras tantas imágenes de genocidio, matanzas, abusos y mentiras desde Bosnia a Chechenia, desde Ruanda a Camboya, pasando por otros 20 ó 30 países, apenas se haya movido un ápice la voluntad de los Gobiernos occidentales? ¿Ha caído alguno de esos Gobiernos por ello? ¿Algún presidente ha perdido una elección?

Cada país tiene sus modelos: líderes de opinión imaginativos, inteligentes, leídos, cultivados, fascistas o progresistas, liberales o conservadores, que fijan lo que es aceptable y lo que no lo es, ideas y conceptos rechazables o fuera de moda. Los tiene la España de hoy y los tuvo la España de ayer.

Los tiene cada país. Son los que definen, nos guste o no, la llamada opinión pública, los que hablan a todas horas y en todas partes. Ir en su contra implica marginarse y pocos son los que se atreven a hacerlo. El resultado es una espiral de silencio que envuelve y paraliza, mientras unos pocos fijan lo que es ético y lo que es inmoral, casi siempre en beneficio propio o de intereses que poco o nada tienen que ver con la ética y con el periodismo.

Pocos meses antes de verse obligado a dejar la Secretaría General de la ONU, Boutros Boutros Ghali escribía que “los medios de comunicación son actualmente tan importantes como los gobiernos a todos los niveles de la sociedad humana, tanto local como global. E incluso de mayor significación aún es el impacto de los medios sobre los propios gobiernos (...) Este proceso está transformando a la democracia, al mismo tiempo que una ola de democratización barre el mundo”.¹⁰

Boutros Ghali añadía: “Durante los últimos dos siglos la ley era la fuente de autoridad de la democracia, pero hoy en día la ley parece haber sido reemplazada por la opinión como fuente de autoridad, en tanto que los medios de comunicación actúan como árbitros de la opinión pública”.

Visto así, el mundo actual habría dejado de ser el de los Estados-naciones y se habría convertido en prisionero de una nueva dictadura, dado que nadie elige a los medios de comunicación ni a los periodistas para que le gobierne. Pocos comparten una posición tan extrema, pero la mayoría atribuye a algunos medios el título de “actores internacionales”. Como tales, independientemente de su objetivo natural esencial -buscar y transmitir información-, se les puede exigir, como hacía Ghali en el artículo citado, ciertos principios de actuación, igual que a cualquier otro actor: defender la libertad allí donde esté amenazada, la universalidad de su cobertura, la continuidad en el seguimiento de los conflictos y sus consecuencias, atender no sólo a los hechos sino también a las ideas y un compromiso inquebrantable en la defensa de la paz y los derechos humanos.

Una breve reflexión sobre los riesgos crecientes que corren los representantes de las agencias y organizaciones humanitarias en situaciones de conflicto nos muestra un problema global al que la mayor parte de los periodistas y de sus medios, una vez más, está dando la espalda o reaccionando con una complicidad preocupante.

El periodista ante la ayuda humanitaria

Nunca hubo tanta ayuda humanitaria como ahora, pero tampoco nunca la ayuda humanitaria había sufrido tantos reveses y fracasos como ahora. Con excepciones que confirman la regla, los periodistas raras veces se hacen eco de las deficiencias, errores o abusos de las organizaciones humanitarias. En general, son sus aliados y amigos, y a los éstos se les perdonan muchas cosas.

Cuando una operación de mantenimiento de la paz tiene éxito, la acción humanitaria que casi siempre se organiza a su sombra suele resultar eficaz.

*Los
periodistas
raras veces se
hacen eco de
las
deficiencias,
errores o
abusos de las
organizaciones
humanitarias.*

¹⁰ “Los medios en el nuevo escenario”, *El Mundo*, 15 de marzo de 1996, p. 4.

Cuando la operación fracasa, la acción humanitaria suele fracasar. Cuando, como sucede cada vez con más frecuencia, la intervención humanitaria se realiza sin la cobertura militar necesaria, los cooperantes quedan a su suerte, sin otra protección que la voluntad y la conciencia de los beligerantes.

El cooperante en situaciones de conflicto es cada día más vulnerable. Las agencias humanitarias pagan su identificación, deseada o no, con las potencias occidentales que las han empujado a intervenir, sin autorización de una o ninguna de las partes enfrentadas. En segundo lugar, se ha generalizado en muchas zonas en conflicto la percepción de que organizaciones como Cruz Roja o la ONU son, consciente o inconscientemente, cómplices del genocidio y de la limpieza étnica. Es una de las paradojas más terribles que tiene que afrontar cualquier cooperante, atrapado con frecuencia entre la compasión, la conciencia y el sentido del deber, por una parte, y el saber, como ha sucedido en Bosnia y en Ruanda, que sus alimentos, medicinas y presencia protectora facilitaban la limpieza étnica.

Los cooperantes se defienden de estas críticas con una pregunta muy simple: ¿cuál es la alternativa?, ¿no hacer nada como en Srebrenica?

“La ayuda se ha politizado”, reconoce Larry Hollingworth, jefe de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) en Bosnia durante la guerra y posteriormente encargado de varios campamentos de refugiados chechenos en Dagestán. “Es muy difícil, incluso para las pequeñas organizaciones, quedarse al margen de la política. Y no se plantean las cuestiones más importantes. El debate se ha reducido a dos preguntas: ¿tenemos derecho y obligación de intervenir?, ¿tenemos derecho y obligación de no intervenir?”.¹¹ Aunque quisieran, la verdad es que muchas organizaciones humanitarias no pueden hacerse estas preguntas. Para empezar, los medios de comunicación no lo permiten. Descubren un conflicto y exigen respuestas inmediatas. Los gobiernos pueden vacilar. Las agencias humanitarias tienen que ir. Si no van, se les pide cuentas. Si van, se les acusa de alimentar los conflictos.

Un problema poco tratado por los medios de comunicación es el negocio de la ayuda humanitaria, del que mucha gente vive hoy. Pescar en las crisis internacionales se ha convertido en una forma de vida tan lucrativa para muchos, como cazar a las víctimas de accidentes de tráfico para algunos abogados.

La mayor parte de los enviados especiales que cubrieron la crisis de los refugiados ruandeses en el este del Zaire en el otoño de 1996 regresaron con una imagen de la ayuda humanitaria muy distinta a la que tenían antes de aquella misión.

Alfonso Rojo, de *El Mundo*, y Miguel Molleda, de Radio Nacional de España, entre otros, coincidían en sus opiniones: los representantes de las agencias de la ONU y la mayor parte de los representantes de las organizaciones no gubernamentales en los campamentos de refugiados ruandeses con los que ellos trataron estaban haciendo un flaco servicio a la causa humanitaria. Con la excepción de las organizaciones religiosas, la mayor par-

¹¹ Peter Beamont, “The Red Cross after Chechnya”, *The Observer*, 22 de diciembre de 1996, p. 3.

te de las agencias y ONG, más que cooperación, parecían estar haciendo una inversión de lo más rentable.

Ésta puede ser una visión parcial y, por lo tanto, injusta, pero refleja un aspecto preocupante de la actividad humanitaria a medida que centenares de grupos nuevos se han ido incorporando a dichas misiones, con frecuencia sin la vocación ni los medios suficientes para cumplir las tareas encomendadas, en el peor de los casos con el único fin de embolsarse suculentas sumas de los presupuestos oficiales destinados a la cooperación por las principales potencias y por la ONU.

Al margen de esta realidad, que ensombrece gravemente el magnífico trabajo de muchos cooperantes, asistimos desde hace meses a cambios que ponen en peligro una de las tareas más nobles en la sociedad internacional: el apoyo a los civiles inocentes en situaciones de peligro, sean cuales sean las causas de su situación.

Las guerras han cambiado y, con ellas, las condiciones en las que los cooperantes y los periodistas tienen que trabajar. En muchos de los conflictos locales y regionales han desaparecido las jerarquías y *señores de la guerra* deciden sobre la vida y la muerte de las personas sin control superior alguno. Con frecuencia grupos privados, criminales y mafiosos, interesados exclusivamente en el negocio, apoyan o mantienen dichas guerras. En tales circunstancias, los valores universales identificados con Cruz Roja y con otras organizaciones humanitarias son rechazados y sus representantes se convierten automáticamente en enemigos o testigos indeseables. A ningún genocida le gusta ser fotografiado, filmado u observado para la posteridad.

Sólo Cruz Roja perdió a nueve representantes en 1996: seis de ellos en Chechenia en diciembre, cinco mujeres y un hombre idealistas, experimentados, enfermeras y médicos sin otra aspiración que la de ayudar a las víctimas de la guerra. El Consejo de Seguridad de la ONU nada puede hacer en estos casos, es más, muchos de los conflictos más graves ni siquiera son abordados.

Los riesgos para los cooperantes han aumentado tanto que más de 50 delegados de Cruz Roja se reunían a comienzos de 1997 en Ginebra para debatir el problema y las medidas necesarias para reducir el peligro. Entre las conclusiones principales destaca el compromiso de disociar, en la medida de sus posibilidades, las operaciones humanitarias de las intervenciones militares destinadas a mejorar la seguridad y a restablecer el orden público en favor de las población víctima de los conflictos.

Muchos delegados habían propuesto escoltas y protección de sus instalaciones. Tras intensos debates, el Comité Internacional de la Cruz Roja aconsejó que la protección armada se contratase con empresas de seguridad locales y oficiales, siempre que fuera aceptada por las autoridades y por la población.¹²

La protección militar de la ayuda humanitaria “no es una solución práctica a largo plazo”, escribía Cornelio Sommaruga, presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja. Añadía: “si se generalizan estos medios, abandonaría-

*En muchos de
los conflictos,
los “señores
de la guerra”
deciden sobre
la vida y la
muerte de las
personas.*

¹² “La Cruz Roja Internacional empleará protección armada (...)”, *Europa Press*, Crónica transmitida desde Ginebra el 30 de enero de 1997.

mos toda esperanza de obtener de los beligerantes su respeto de la acción humanitaria, pero sobre todo el respeto que éstos deben a las poblaciones civiles y a todos los que están sin medios de defensa".¹³

Sommaruga atribuye el creciente peligro que corren sus representantes en situaciones de conflicto a tres causas principales:

1. La crisis de valores fundamentales, como la tolerancia y la solidaridad, ligados al respeto de la persona.
2. La crisis del concepto del Estado, cada vez menos capaz de hacer respetar los valores humanos y de garantizar el compromiso adquirido al adherirse a las Convenciones de Ginebra. "(...) La autoridad estatal se atomiza y las bandas armadas toman el relevo de las fuerzas tradicionales", agrega Sommaruga. Esto hace que "la acción humanitaria pierda sus interlocutores tradicionales".
3. La criminalización del comportamiento de los beligerantes, que conduce a la negación del principio de inmunidad de la acción humanitaria.

Teniendo en cuenta las experiencias de Chechenia y de Tayikistán, debemos añadir otras dos causas igual o más importantes que las anteriores, pero que, por obvias razones, nunca serán reconocidas por los directivos de las organizaciones humanitarias.

El asesinato en Novye Atagi, Chechenia, en diciembre del 96 de Ingebjørg Foss, Gunnhild Myklebust, Hans Elkerbout, Fernanda Calado, Sheryl Thayer y Nancy Malloy mientras dormían en el hospital donde estaban destinadas pudo haberse evitado. El Comité Internacional de la Cruz Roja sabía que corrían peligro. El hospital en cuestión ya había sido amenazado y robado. Algunos empleados habían sido secuestrados.

Chris Giannon, coordinador de la organización en el Cáucaso Norte y supervisor del hospital, conocía las quejas de grupos radicales islámicos de la zona por el uso del símbolo de la cruz. También había recibido presiones para contratar a amigos o parientes. Nadie puede culparle de no haber visto en dichas presiones la grave amenaza que representaban, pero es obvio que debía haber adoptado unas mínimas precauciones de seguridad y no lo hizo. Igual de obvio es que los medios de comunicación pasaron de puntillas sobre el asunto y, con excepciones que confirman la regla, apenas entraron en las causas de la tragedia.

El secuestro de varios empleados de la ONU y de dos periodistas rusos en Tayikistán a comienzos del 97, por último, confirma las peores críticas de las que se hacía eco el ex Secretario General de la ONU Boutros Ghali.

Si hiciéramos una encuesta en los principales países occidentales sobre el asunto, la opinión mayoritaria sería que un grupo de radicales islámicos había secuestrado a estas personas y que su tragedia es otro botón de muestra de una guerra civil de los islámicos contra el Gobierno de Tayikistán

¹³ Artículo publicado en *Le Matin* el 9 de febrero de 1997.

y contra los 25.000 soldados rusos que lo mantienen. Semejante versión sólo tiene un defecto: es completamente falsa.

Los secuestradores no fueron islámicos sino agentes del Gobierno de Tayikistán que se han pasado más de un año persiguiendo y matando a opositores del régimen a un lado y otro de la frontera con Afganistán. “No es una diferencia menor, pero lo más grave es el grado de complicidad de Moscú, la ONU y Washington para ocultar la verdad”, concluía Nancy DeWolf Smith, redactora del *Asian Wall Street Journal*, tras una exhaustiva investigación.¹⁴

¹⁴ “Caught in a Tajik Web of Lies”, *The Wall Street Journal*, 19 de febrero de 1997, p. 10.